

## El Chaquetón Rojo

Con aplicaciones de piel en los puños y en el capuchón era el modelo "Montgomery" que me había mandado a hacer, con gran entusiasmo, para lucir durante las fiestas patrias que ya venían. Ese 11 de septiembre de 1973 era el día acordado con la modista para retirarlo.

Nada me hacía más feliz que tenerlo pronto, tampoco nada podía hacerme pensar que luego ese sería el color del que se teñiría mi Chile.

Mi casa, estaba ubicada al interior de un pasaje en la calle San Diego frente al Liceo Manuel Barros Borgoño, es la misma en la que vivo hasta el día de hoy, por lo tanto, este siempre ha sido mi escenario.

Mi liceo, era el Manuel Barros Borgoño, donde cursé parte de la enseñanza media. Sí, un liceo históricamente para varones, pero que fue parte de un proyecto para incluir a mujeres. Proyecto que después del Golpe de Estado terminó repentinamente, con la llegada de un rector designado.

Mi familia era la típica de aquellos años, formada por abuelos, padres, hermanos y el pariente que necesitara y cupiera. Casa grande, familia grande. Margarita, mi prima recientemente separada de su marido y que llegó hasta nuestra casa con sus tres hijos pequeñitos, se encontraba ese día 11 escuchando la radio en el dormitorio al lado del mío, me dijo: *Cecilia, hay militares en La Moneda*. Yo le respondí que debía ser igual a lo del 29 de Junio, me refería al Tanquetazo, pero ella insistió en decirme que al parecer era más grave. Por otro lado, mi abuelita, me decía lo mismo: *no salga, Cecilita, no salga, puede ser peligroso*.

Pero yo quería mi chaquetón rojo y para eso debía llegar hasta Vicuña Mackenna y después seguir hacia Santa Rosa, en fin, el viaje era largo. Entonces caminé hasta Avenida Matta con la calle Arturo Prat a tomar micro, la mañana estaba fresca y en aquella esquina una señora barría tranquilamente la vereda, había rociado agüita y barría y barría a pesar de que ya desde arriba bajaban ruidos de aviones. Porque así lo recuerdo, antes del bombardeo hubo aviones sobrevolando el sector. Pero solo eso, ruidos de aviones. Yo continuaba esperando la micro que afortunadamente demoró en llegar, tanto que nunca la tomé pues desde el paradero podía ver hacia la otra esquina, Avenida Matta con San Diego, a apoderados y apoderadas que entraban rápido a la escuela Francisco Arriarán y luego salían con las niñas de la mano. Me di cuenta de que algo estaba pasando, me asusté y decidí cruzar la calle e ir por mi hermana Loreto de entonces 11 años en vez de ir por mi chaquetón rojo, iría otro día por él. Entré al colegio y rápidamente una profesora me dice que "*pase no más*" haciendo gestos con su mano para que lo hiciera rápido. Subí hasta la sala de mi hermana en el tercer piso. Recuerdo claramente su carita asustada y que al verme me pregunta ¿qué pasa? Yo no lo sabía, por lo tanto sólo pude responderle con un "*no sé, pero vámonos, vámonos*".

Caminamos rápidamente hasta nuestra casa, los alumnos y alumnas del Barros Borgoño estaban todos en la vereda, el liceo ya había sido desocupado. Entramos a la casa, allí estaba mi abuelita muy asustada y mi abuelito sentado en el "comedor del diario", se cocinaba y

comía allí, donde finalmente hacíamos toda la vida, el resto de la casa casi era sólo para dormir. Mi abuelito, se encontraba a cabecera de mesa, escuchando la radio. La transmisión de la televisión no era tan instantánea como lo es hoy, entonces la radio era la que estaba informando “el minuto a minuto” y ¿qué decían?, que los militares se habían alzado, que estaban frente a La Moneda y que ya había habido disparos, ráfagas de metralleta y que en Valparaíso La Armada se había tomado el puerto.

Me asusté mucho y me acordé de mi mami que estaba trabajando y fui a llamarla por teléfono a la fuente de soda “La Mercedita”, a una cuadra de mi casa. Allí había un teléfono público. Quería saber de ella y ese teléfono era la única alternativa de comunicación. Pensaba en que su lugar de trabajo, ese día, era un lugar que podía llegar a ser muy peligroso, el Hospital de Carabineros, en las calles Simón Bolívar y Antonio Varas. Me comuniqué con ella y me dice: *“hija, parece que ahora es cierto. Váyase a la casa y no salgan a ninguna parte, está muy peligroso”*. ¿Qué era cierto? Aún no nos enfrentábamos con certeza a las palabras de Golpe de Estado, sólo se respiraba “eso” y las cosas que estaban sucediendo le iban dando forma. Lo único cierto hasta ahí era que había milicos en las calles, que sonaban balazos y que algo siniestro estaban haciendo las Fuerzas Armadas.

Volví a mi casa, mi abuelito continuaba escuchando la radio. Desobedeciendo a mi mami, salí de nuevo para ir a mi liceo, cruzando la calle. Quería encontrarme con mis compañeros, con los de la Jota. Yo creo que una de las militancias más corta que ha tenido la “Juventudes Comunistas”, fue la mía, de sólo seis meses. Allí me encontré con Mario Poblete, ese amor platónico y adolescente que nos explota en el corazón cuando se tienen sólo 15 alegres años.

Recuerdo que juntos íbamos a las reuniones de la Jota a la décima comuna del Partido Comunista con sede en la calle Ñuble, entre San Diego y Nataniel. Pregunté a Mario qué pasaba, me pidió que volviera a mi casa y me cuidara porque “estaba peligroso”. Tampoco me dijo qué pasaba. ¿Qué era lo peligroso?, no lo sabíamos, sólo nos podíamos imaginar que algo malo estaba pasando. Volví a mi casa y allí nos quedamos con mi familia, aferrados a la radio Magallanes que transmitió y nos informó mientras pudo. La antena de radio Corporación ya había sido destruída y la Magallanes, la radio nuestra, la del pueblo, también ya se estaba apagando, lo supimos al escuchar al locutor despedirse muy tristemente, y yo creo que también con algo de miedo, diciendo *“ya llegaron los militares a la radio y están subiendo hasta donde nos encontramos transmitiendo”*. De pronto ya no lo escuchamos más, el silencio informativo que perduraría por años, había empezado.

De ahí en adelante, en las horas radiales, sólo transmitirían los “bandos militares” donde nos daban órdenes y le pedían al presidente Allende que abandonara La Moneda porque iba a ser bombardeada. Con mi ímpetu juvenil salí a la calle queriendo saber más, qué pasaba, qué estaban haciendo con nuestro gobierno, quiénes nos estaban arrebatando las esperanzas. Allí estaba yo, en la esquina de mi casa mirando hacia la Alameda, las quince cuadras que nos separaban de esa avenida eran pocas, las construcciones aún eran bajas y yo sólo quería llevar mis ojos hasta La Moneda. En eso estaba cuando por mi lado pasó Agustín, un vecino tan joven como yo pero tan distinto a la vez. Agustín me dijo con una voz que más bien la recuerdo como carcajada, *“van a matar a tu compañero”*. Yo, saqué el grito más intenso, rabioso y

fuerte que he hecho en mi vida para decirle *“¡¡¡CÁLLATE CONCHAETUMADRE”!!!*

Continué en esa esquina y empezaron a pasar aviones, Agustín tenía razón, mataron a mi compañero Allende.

Las columnas de humo empezaron a asomarse, luego las llamas, recuerdo haber sentido tanta, pero tanta tristeza. Era como entrar a un túnel muy oscuro donde las esperanzas de un país más justo empezaban a morir. Las ilusiones que teníamos los más jóvenes de construir ese socialismo democrático se estaban quemando en La Moneda. Sentí que no había nada que hacer, nos tenían bajo la bota.

En las radios sonaban marchas militares y seguían dándonos órdenes, alrededor de las 14 horas informaron la hora en que se iniciaría el toque de queda, ya no esperábamos que llegara mi mami, ella nos había dicho que los habían acuartelado. No recuerdo qué radio fue la que continuamos escuchando luego de que silenciaron a la Magallanes, pero sí recuerdo claramente que nos ordenaron ir a comprar comida, a abastecernos. Todo era muy extraño. Salimos a comprar galletas sueltas, las vendían a granel, a la confitería de Don Pepe ubicada al costado del Liceo Barros Borgoño y nos aperamos de galletas.

Don Pepe, de la confitería; mi abuelito, el fotógrafo y la señora Raquel, que hacía vestidos de novia; eran los tres comerciantes, en varias cuadras, que jamás adhirieron a un paro, esos paros a los que llamaban los de derecha, los momios. Esos tres negocios sacaban aplausos cada vez que, en jornada de paro, pasaban los camiones llenos de trabajadores que se subían a lo que fuera para poder llegar a sus trabajos ¿para qué? para apoyar a nuestro gobierno y no entrar en el juego de “paro nacional”. Nos aplaudían y nosotros muy orgullosamente levantábamos nuestras manos para saludar y animar a todos a llegar hasta sus trabajos.

Vuelvo a mi 11 de Septiembre.

Abastecidos con hartas galletas nos encerramos con mucho, mucho, mucho miedo; aterrados. Mi abuelito, de bigotes y su eterna boina, fumaba y fumaba y yo lo acompañaba, también fumando. Al atardecer, empezaron las balas a escucharse con más fuerza, quizás porque ya estábamos todos encerrados y el silencio las hacía resaltar; y pasaban helicópteros a muy baja altura, tanto que se podían ver los milicos y sus metralletas. Llegó la noche y trajo una sensación muy extraña, la vida cambiaba, ese día la vida nos cambió para siempre.

Entre cigarro y cigarro, los balazos no paraban. Ya con el transcurso de las horas nos fuimos enterando de lo que había sucedido en nuestro barrio, como en la fábrica de confecciones Burger, ubicada a pocas cuadras de mi casa, en la calle Ñuble, que había sido defendida por sus trabajadores cuando los militares ingresaron a sus instalaciones. Los trabajadores del país, los allendistas, estaban decididos a defender al gobierno y a no entregar las fábricas a los milicos. Pero ¿cómo hacerlo si sólo estaban las manos?, ni piedras tenían los trabajadores. Los dirigentes sindicales de Burger fueron fusilados, según supimos, ahí mismo en su fábrica.

Y las balas seguían y seguían. A partir de ese día y por semanas y meses, los techos eran recorridos habituales de pacos o milicos, no podíamos saberlo, sólo sabíamos que era terrorífico sentir que estaban allí, a un techo de distancia de nuestras cabezas.

Así, con esas oscuras sensaciones, balas, miedos, sirenas de emergencia, transcurrió mi 11 de septiembre de 1973. Día en que aunque muchos no logren entender, marcó mis 15 años y mi vida entera.

---

Quiero dejar mi relato como regalo para las generaciones que me siguen, pero muy, muy especialmente, para mis nietos y nietas. A Josefa, Maximiliano, Amaru y Eloísa les digo que espero lleven esta historia siempre con ustedes.